

Relaciones entre España y Francia en los siglos XVI y XVII: testimonios de una enemistad

María Soledad ARREDONDO

¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
de haberos alabado el tratamiento
del camino de Francia y las posadas!
Corrido de que ya por mentiroso
con razón me ternéis; arrepentido
de haber perdido tiempo en alabaros
cosa tan digna ya de vituperio,
donde no hallaréis sino mentiras,
vinos acedos, camareras feas,
varletes codiciosos, malas postas,
gran paga, poco argén, largo camino...¹

Transcurría el año 1535 cuando Garcilaso daba cuenta a Boscán de la impresión desfavorable que le había causado la Francia meridional, por donde pasó camino de Nápoles. Este sentimiento hostil fue, además, casi premonitorio, porque un año más tarde moría en Niza en una de las múltiples campañas que enturbiaron las relaciones hispano-francesas durante los reinados de Carlos I y Francisco I.

Estaba aún muy reciente la batalla de Pavía (1525) que debió de dejar un regusto amargo entre los franceses; a ella hace alusión Rabelais en su *Gargantúa* cuando el monje Frère Jean reniega de los cobardes que abandonaron a su rey: «Par Dieu, je vous mettroys en chien courtault les fuyards de Pavye! ...Pourquoi ne mouroient ilz là plus tot que laisser leur bon prince en ceste necessité? N'est il meilleur et plus honorable mourir

¹ GARCILASO DE LA VEGA: «Epístola a Boscán» en *Poestas castellanas completas*, ed. Elias L. Rivers (Madrid: Castalia, 1972), p. 118.

vertueusement bataillant que vivre fuyant villainement?...»². La primera edición de *Gargantúa* es de 1534 y la herida estaba aún fresca para Rabelais y sus contemporáneos, habida cuenta de que no se trataba de una simple derrota, sino que el propio Francisco I había caído prisionero del ejército español. Los testimonios del trato recibido por el regio cautivo difieren mucho, según que sean de parte francesa o española. Gargantúa, por ejemplo, alude veladamente a esta cuestión en una arenga a sus súbditos que exalta la generosidad de su padre el rey Grandgousier por tratar a un rey enemigo «courtoisement», mientras que «les aultres roys et empereurs voyre qui se font nommer catholiques, l'eussent misérablement traicté, durement emprisonné et rançonné extrêmement...»³. En realidad, Carlos I no pretendió cebarse en la desgracia de su cautivo, y hasta prohibió que la victoria se celebrara con los habituales festejos populares, en señal de consideración hacia el rey francés⁴.

El resto de la obra rabelaisiana pone de manifiesto la inquina anti-española de muy diversas maneras: desde la hoy tópica acusación de arrogancia: «...tel est vestu d'habit monachal qu'au dedans n'est rien moins qu'un moyne, et tel est vestu de cappe espanole qui en son couraige nullement affiert a Hespane»⁵; a otras menciones tan claramente ofensivas como las siguientes: «...son pere hayssoit tous ces indalgos bourrachous marranisez comme diables», o «Hespaigne se rendra, car ce ne sont que madourrez»⁶. Tachar a los españoles de borrachos es menos frecuente que hacerlo de fanfarrones o altaneros, y no deja de ser curiosa una observación así en las obras de Rabelais donde el culto étílico es patente y reiterado.

Una simple cala en las obras de Garcilaso y de Rabelais nos puede servir para abordar los contactos entre españoles y franceses en la primera mitad del siglo XVI, con testimonios equiparables. Ambos autores pertenecieron a los estratos sociales cultos y participaron en buena parte de los conflictos de sus patrias respectivas, aunque de modo bien diferente; Garcilaso, que encarnó el prototipo del caballero poeta conjugando en su persona el dilema de las letras y la milicia, conocía de cerca los problemas políticos y militares con Francia. Rabelais, médico y humanista, se relacionó con grupos heterodoxos y sintió en su propia piel los avatares religiosos de su país; como médico del Obispo de París, Jean Du Bellay acompañó a éste a Roma cuando Francisco I le envió para intentar que el Papa Clemente VII deshiciera su alianza con el Emperador Carlos, y

² FRANÇOIS RABELAIS: *Gargantúa*, ed. Pierre Michel (París: Gallimard, 1965), p. 317.

³ *Ibidem*, p. 383.

⁴ Vid. JOSÉ A. MARAVALL: *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1960) y JOSÉ MARIA JOVER: *Carlos V y los españoles* (Madrid: Rialp, 1963).

⁵ F. RABELAIS, p. 111.

⁶ *Ibidem*, p. 275.

también estuvo presente en la entrevista que sostuvieron los dos reyes rivales en Aigues Mortes, ciudad cercana a Nîmes. Así pues, nos encontramos ante dos escritores que hoy llamaríamos bien informados, en los que percibimos una clara aversión hacia el país vecino al tratar la cuestión hispano-francesa. Veamos a continuación cómo este sentimiento hostil se fue afirmando, tanto en esferas populares como gubernamentales, a pesar de los remedios aplicados por ambas partes, y cómo permanecía a finales del siglo XVII.

Es sabida la prepotencia militar y política de los españoles en la época del Emperador; sumemos a ella la problemática religiosa que agitaba Europa (Erasmismo, Luteranismo, Calvinismo...), y añadamos a todo ello unas fronteras sin determinar, en continua fluctuación. El resultado es un continente de cambios incesantes, cuyas diferencias lingüísticas eran menores que las actuales —todavía existía el vínculo del latín— y con unos territorios conflictivos (los Países Bajos, Navarra, el Rosellón y la Cerdeña, el Milanesado, etc.) que pasaban de mano en mano, según un continuo juego de alianzas, embajadas y pactos que se respetaban rara vez. El ejercicio de la guerra era, además, algo común entre príncipes y caballeros, lo que ocasionaba frecuentes movimientos de la tropa que, si bien no favorecían las arcas de ningún país, intensificaban en cambio los contactos entre pueblos con secuelas de rencor, sin duda, pero también de tipo cultural.

Las distintas monarquías, por su parte, intentaban alargar los efímeros períodos de paz con matrimonios entre sus herederos y este uso que casi nunca conseguía los objetivos políticos previstos, contribuía a la expansión de la cultura mediante el intercambio entre Cortes de costumbres, modas y obras artísticas. En los casos concretos de España y Francia los matrimonios reales abundaron: Felipe II casó con Isabel de Valois, hermana de Enrique III de Francia; y las bodas de Felipe IV y Luis XIII con las princesas del país vecino, Isabel de Borbón y Ana de Austria, fueron la obsesión de sus padres Felipe III y Enrique IV.

Si en España se llevaba el tema del doble enlace con lentitud, porque no se quería dar el primer paso, en Francia se hacía con sigilo, temerosa la Corona de la reacción hugonote ante una alianza con un país católico a ultranza. Por lo tanto, las negociaciones fueron arduas, el intercambio de embajadores constante y los séquitos diplomáticos de ambos países hubieron de soportar recelos, desconfianzas, y la hostilidad del pueblo que se hizo patente de manera peligrosa cuando fue asesinado en París Enrique IV; corrió por la capital el rumor de que los españoles habían intervenido en el magnicidio como lo habían hecho en la Santa Liga, y la vida del embajador español corrió un serio riesgo del que le salvó la decidida protección de la regente María de Médicis, firme partidaria de la alianza española, que no cejó hasta conseguir el intercambio en la frontera de las dos princesas en 1615.

Perrens afirma⁷ que nada tuvo que ver en la muerte del rey la Corte española donde, no obstante, se consideró el suceso como recompensa divina tras la expulsión de los moriscos. Con parecida satisfacción se había recibido en Francia esta salida masiva —más de doscientas mil almas— acogidos con benevolencia a los moriscos que pasaron los Pirineos, a los que se facilitó por medio de letras de cambio una salida de dinero prohibida por los españoles y que engrosó la Hacienda francesa. «Quatre mille familles ont cherché un asile en France et y ont apporté des centaines de mille écus. Je les accueillerai, s'ils promettent de vivre en bons chrétiens» escribía Enrique IV poco después de la expulsión⁸.

Cuando Ana de Austria llegó por fin a la Corte francesa, con un amplio acompañamiento español, salieron a la luz los recelos populares y cortesanos ante una avalancha de extranjeros similar a la de italianos que se establecieron en París con María de Médicis. De poco sirvieron las fiestas celebradas con motivo del anuncio de las bodas, ni la propaganda orquestada por la reina regente⁹. Las suspicacias persistían alrededor del séquito español, como lo demuestran dos obritas publicadas en 1617 con éxito notable pues volvieron a editarse y en forma bilingüe. Su autor era un desterrado español, Carlos García, que al parecer se proponía exaltar el matrimonio principesco con dos piezas cuyos solos títulos —sobre todo el segundo— son reveladores del ambiente que imperaba en el país vecino: *L'opposition et conjonction des deux grands luminaires de la terre* (París: F. Huby, 1617) y *Antipathie des François et des Espagnols* (Rouen: Jacques Cailloues, 1617).

Pese a todo ello y a que Luis XIII obligara a la reina a deshacerse de buena parte de su séquito, lo español se puso de moda entre la nobleza; era de buen tono hablar el castellano, o al menos comprenderlo y el estudio de la lengua se fomentó sin duda, porque la *Gramática española* de César Oudin publicada en 1597 conoce siete reimpresiones hasta 1619. La colonia española en Francia se había ido incrementando con las sucesivas llegadas de exiliados huidos de la Inquisición, y de personajes que habían salido de España —como Antonio Pérez— por cuestiones políticas durante el reinado de Felipe II. Buena parte de estos españoles se dedicaban a la enseñanza del castellano y algunos de ellos alcanzaron puestos relevantes, como Ambrosio de Salazar que, establecido en Rouen, fue intérprete de Luis XIII y desarrolló una importante labor en la difusión de la literatura española, publicando colecciones de textos españoles en edición bilingüe¹⁰ y censurando los errores cometidos por los traductores

⁷ F. T. PERRÉNS: *Les mariages espagnols* (París: Didier, s.d.), pp. 270 y ss.

⁸ *Apud*, PERRÉNS, p. 285.

⁹ *Vid.* CHARLES BERNARD: *Histoire de Louis XIII* (París: 1646).

¹⁰ Por ejemplo, *Las Clavellinas de recreación, Oeillets de récréation* (1614). Para una mayor información, *vid.* A. MOREL-FATIO: *Ambrosio de Salazar et l'étude de l'espagnol en France sous Louis XIII* (París: A. Picard et fils., 1900).

franceses cuando vertían al francés obras españolas. La *Response apolo-gétique au libelle d'un nommé Oudin* (1616) era la encendida protesta de Salazar contra la traducción de la primera parte del *Quijote*.

Con respecto a las traducciones, factor importantísimo para el conocimiento de la literatura española en Francia, mencionaremos sólo unas cuantas obras que prueban el extraordinario interés que despertaba lo español al otro lado de los Pirineos; para ello hemos espigado la siguiente relación, en modo alguno exhaustiva, de traducciones aparecidas en los veinticinco primeros años del siglo XVII:

1600	traducción del <i>Guzmán de Alfarache</i> de Mateo Alemán por G. Chappys.
1601	traducción del <i>Lazarillo de Tormes</i> por Vital D'Audiguier.
1603	traducción de la <i>Diana</i> de Jorge de Montemayor por S. G. Pavillon.
1611	traducción de la <i>Diana</i> de Jorge de Montemayor por S. G. Pavillon.
1613	traducción de la <i>Diana</i> de Jorge de Montemayor por S. G. Pavillon.
1614	traducción de la primera parte del <i>Quijote</i> por Oudin.
1614	traducción del <i>Peregrino en su patria</i> de Lope por D'Audiguier.
1614	traducción de <i>Las Novelas Ejemplares</i> de Cervantes por D'Audiguier y Rosset.
1616	traducción de la primera parte del <i>Quijote</i> por Oudin.
1618	traducción de la segunda parte del <i>Quijote</i> por Rosset.
1618	traducción del <i>Escudero Marcos de Obregón</i> de Vicente Espinel por D'Audiguier.
1619	traducción del <i>Guzmán de Alfarache</i> por J. Chapelain.
1620	traducción del <i>Guzmán de Alfarache</i> por J. Chapelain.
1620	traducción de la primera parte del <i>Quijote</i> por Oudin.
1620	traducción de <i>Las Novelas Ejemplares</i> por Rosset y D'Audiguier.
1620	traducción del <i>Lazarillo</i> por D'Audiguier.
1621	traducción del <i>Lazarillo</i> por D'Audiguier.
1621	traducción de las <i>Novelas morales</i> de Diego Ágreda y Vargas por Baudouin.
1621	traducción de <i>La desordenada codicia de los bienes ajenos</i> de Carlos García por D'Audiguier.
1622	traducción de <i>La Arcadia</i> de Lope atribuida a N. Lancelot.
1622	traducción de la segunda parte del <i>Quijote</i> por Rosset.
1623	traducción de la <i>Diana</i> por A. Vitray.
1624	traducción de la <i>Diana</i> por A. Ravaud.
1625	traducción de la primera parte del <i>Quijote</i> por Oudin.
1625	traducción de la segunda parte del <i>Quijote</i> por Rosset.
1625	traducción de <i>Las Novelas Ejemplares</i> por D'Audiguier.

Para no alargarnos se han omitido los nombres de los libreros (Tous-saint Du Bray, Fouët, Pierre Billaine, Jean Mestais, etc.), pero es preciso recalcar, en cambio, a los traductores porque su función dista mucho de

parecerse a lo que hoy entendemos por una traducción correcta. Vital D'Audiguier, uno de los traductores más conocidos y prolíficos de la época, nos dice a este respecto en el prólogo de las *Novelas Ejemplares*: «Je n'ay pas traduit mot a mot comme ceux qui, pour acquérir la réputation d'entendre bien l'Espagnol, font voir qu'ils n'entendent rien en leur propre langue... Je pense avoir dit ce qu'il vouloit dire»¹¹. Efectivamente, la traducción palabra por palabra ha sido siempre denostada, pero tampoco es lícito suprimir párrafos enteros como se hizo con las digresiones moralizantes del *Guzmán*, o atravesarse a cambiar el desenlace del *Buscón*. Precisamente esta novela fue la única de las picarescas que se editó en la popular *Bibliothèque Bleue*, por supuesto convenientemente mutilada, y, según ha expuesto recientemente Roger Chartier¹², basada en la traducción de 1633 atribuida indistintamente a La Geneste y a Paul Scarron. Para Chartier el traductor fue Scarron que llevó a cabo buena parte de las supresiones y, sobre todo, aligeró la estructura eliminando el retorno de los personajes secundarios, lo que favorecía el estilo de narración lineal, concisa y breve que perseguían los editores de los libros «bleus».

Las razones que movían a los traductores a la hora de recortar sus versiones de textos españoles proceden, al parecer, de la diferencia de gusto entre los lectores españoles y franceses; estos últimos no apreciaban las largas digresiones, ni las intervenciones moralizadoras de los autores españoles en el curso de la narración. Según Sutcliffe¹³ Guez de Balzac se refiere a aspectos estilísticos, meramente formales, cuando habla de «dorer et... parfumer le langage», y lo mismo D'Audiguier al opinar que, si bien los españoles superan a los franceses en «l'invention d'une Histoire.. ils sont bien esloignés aussi de la pureté de nos écrits...»¹⁴.

Ciertamente la opinión de D'Audiguier es francamente hispanófoba, porque en el prólogo de su traducción *Les Relations de Marc D'Obregon* (Paris: Jean Petit-Pas, 1618) califica los relatos españoles de «pitoyables» y admite que si se dedica a traducirlos es sólo a causa de la demanda de lectores y libreros. Sin embargo, Charles Sorel, uno de los novelistas más críticos de la época, reconoce en su *Bibliothèque Française* la deuda para con las novelas españolas, a las que admira por el realismo, la amenidad de la historia y porque «les Dames les pouvoient lire sans apprehension,

¹¹ Apud, G. HAINSWORTH: *Les «Novelas Ejemplares» de Cervantes en France au XVII^e. siècle. Contribution a l'étude de la Nouvelle en France* (Paris: H. Champion, 1933), p. 61. Existe una copiosa información en cuanto a traducciones en FOULCHÉ-DELBOSC: *Bibliographie hispano-française* (New York, H.S.O.A., 1912-1914), II.

¹² Durante el Coloquio Hispano-Francés celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid, noviembre-diciembre de 1983, CHARTIER presentó la interesante comunicación «Livres bleus et lectures populaires XVII^e et XVIII^e siècles», que aparecerá en las Actas del Coloquio, de próxima publicación.

¹³ F. E. SUTCLIFFE: *Le réalisme de Charles Sorel. Problèmes humains du XVII^e siècle* (Paris: Nizet, 1965), p. 187.

¹⁴ G. HAINSWORTH, p. 116.

au lieu que quelques-unes d'auparavant estoient fort condamnées, comme celles de Boccace, qui sont de tres mauvais exemple»¹⁵.

De esta manera, a las preferencias del público y al interés comercial del librero que percibe el alza de la literatura española, se unen los propios escritores dispuestos a utilizar la temática, el verismo, el toque exótico de lo español, e incluso la castidad de los relatos —en especial las novelas cortas— para renovar la narrativa de ficción, todavía sujeta a la influencia italiana. Por todo ello, a mediados de siglo, se pasa de las traducciones a las adaptaciones, y de las lecturas españolas a su utilización como verdadero filón literario, ya que novelas españolas conocidas primero en su versión original y después traducidas —con más o menos rigor— pasaron a convertirse en novelas francesas, que trasladaban un argumento o personaje a París, Rouen o Lyon; el paso siguiente fue el teatro, la puesta en escena por Scarron, Hardy, etc., de asuntos novelescos cervantinos o de comedias lopescas cuyo éxito estaba garantizado entre un auditorio ya iniciado.

Si los contactos literarios habían sido el fruto positivo de unas fricciones políticas nada cordiales, es preciso admitir que los años transcurridos habían alterado mínimamente la situación de partida en los comienzos del siglo XVI. Luis XIV era hijo de una española y Felipe IV marido de una francesa cuando estalla en España un conflicto por cuestiones, en principio, económicas: la contribución de Cataluña a las guerras en Flandes. Este problema interno que se desencadenó en 1640 fue hábilmente aprovechado por Francia, dando origen a la penosa guerra de separación de Cataluña en el transcurso de la cual España se desangraba en dos frentes, el alemán y el catalán. Comenzaba así el período de supremacía francesa en Europa al tiempo que España perdía los territorios alemanes con la Paz de Westfalia (1648).

Tomemos una vez más el testimonio de Charles Sorel, a la sazón historiógrafo de Luis XIV, que nos ofrece su interpretación de la rebelión catalana en *La deffence des catalans, ou l'on void le iuste suiet qu'ils ont eu de se retirer de la domination du Roy d'Espagne. Avec les droits du Roy sur la Catalogne et le Roussillon* (París: Nicolás de Sercy, 1642). Es fácil suponer por la posición oficial de Sorel y por lo explícito del título que se trata de una obra propagandística, en la que se halaga tanto a los catalanes «separatistas», como a Luis XIV, «le Monarque le plus digne de leur commander». En el texto Felipe IV y el Conde Duque de Olivares no salen muy bien parados, acusados de torpeza en el trato dado a los catalanes, que se veían postergados en el favor real por los acaparadores castellanos; éstos constituían el grueso del ejército y se portaron según Sorel —y parece que no le falta razón— como ladrones, violadores y sacrilegos en

¹⁵ CHARLES SOREL: *Bibliothèque Française* (París: Compagnie des Libraires du Palais, 1667), pp. 178-179.

tierras catalanas; la represión de los levantamientos fue brutal y los castigos tales que «les Mores ny les Indiens n'ont iamais esté traictez par eux [los españoles] plus barbarement»¹⁶.

En fin, volvemos a encontrarnos ante otra pieza más de cariz anti-español, en la que los argumentos citados son empleados por nuestro novelista-historiador para persuadir a los catalanes de las ventajas que obtendrían uniéndose a la corona francesa y, de paso, para exhortar a los flamencos, vecinos de Francia por el Norte, a que aprendan y sigan el buen ejemplo catalán.

Como ni los pueblos ni los gobiernos han atendido nunca a los literatos, las palabras de Sorel fueron vanas. Afortunadamente para España Cataluña, devastada por tropas españolas y francesas, se reintegró a la monarquía de Felipe IV al firmarse la Paz de los Pirineos en 1652. En este tratado los dos países vecinos intentaban otra vez una nueva alianza o, al menos, una nueva tregua con un procedimiento nada original y de cuya eficacia —a juzgar por resultados anteriores— deberían haber dudado: el matrimonio entre Luis XIV y la Infanta María Teresa hija de Felipe IV, que tanta trascendencia tuvo para la sucesión del último de los Austrias.

Universidad Complutense de Madrid.

¹⁶ CHARLES SOREL: *La deffence des catalans...*, p. 40.